

***El Periquillo Sarniento*: La formación ilustrada de una ciudadanía americana**

Manuel Prendes Guardiola

Universidad de Piura

En 1816 comenzaba en México la aparición por entregas de *El Periquillo Sarniento*, obra del periodista José Joaquín Fernández de Lizardi que podemos considerar como la primera novela hispanoamericana en el más amplio de los sentidos (americanos son su autor y su lugar de edición, su temática y sus personajes, americano el público al que está destinada y la lengua en que está escrita).

Falto de una tradición novelística autóctona en la que apoyarse, Lizardi adopta como patrón para su obra el exitoso modelo español de la novela picaresca. El carácter de «testimonio social» del género justificaba la elección del autor, si bien este supo marcar una serie de diferencias: la picaresca era hija de la desengañada visión del mundo del Barroco, y su propósito aleccionador no pasaba de mostrar una serie de malos ejemplos y centrar en la vida ultraterrena todas las esperanzas de salvación. Fernández de Lizardi es, en cambio, un autor impregnado del espíritu de la Ilustración del siglo XVIII, y aspira a regenerar la sociedad de su tiempo desde el punto de vista material y moral.

1. Preeminencia de la ciudad

El Periquillo es, en su mayor parte, una novela «urbana» cuyos episodios transcurren en la propia capital del virreinato de Nueva España, elemento este, también común a la tradición picaresca, que es reflejo del desarrollo hacia la modernidad: el final de la Edad Media había supuesto un progresivo crecimiento de las ciudades, no solo como centros administrativos y de poder, sino también de cultura, trabajo, comercio, industria. Aunque la mayoría de la población siguiera siendo rural, la ciudad es ahora —como lo había sido ya durante el Imperio romano— motor del progreso y protagonista de la vida de la nación, y sus habitantes —los futuros «ciudadanos»— irán adquiriendo conciencia de ese protagonismo.

En la América española este papel de la ciudad como cabeza en la organización del Estado fue aún más acusado que en el resto del mundo occidental.

Desde el siglo XVI, los españoles procederían a un sistema de colonización bien diferente al que, por ejemplo, llevaron a cabo en América portugueses o estadounidenses (una «frontera» que gradualmente se iba expandiendo hacia nuevos territorios). Observa Ángel Rama:

La conquista española fue una frenética cabalgata por un continente inmenso, atravesando ríos, selvas, montañas, de un espacio cercano a los diez mil kilómetros, dejando a su paso una ringlera de ciudades, prácticamente incomunicadas y aisladas en el inmenso vacío americano que sólo recorrían aterradas poblaciones indígenas (1984, p. 22).

Así pues, la oposición entre «civilización» y «barbarie», a la que tanto atenderán los pensadores hispanoamericanos posteriores a la Independencia, queda ya prefigurada en la abismal separación entre la ciudad y el medio rural. En este (sin apenas habitantes de origen europeo, y una población analfabeta en su casi totalidad) la cultura es popular, tradicional y se transmite oralmente. En cambio, la ciudad (con una menor tasa de analfabetismo) es un lugar donde impera la cultura escrita, y los «letrados» (gente vinculada a la Iglesia o a la Universidad, funcionarios...) desempeñan un importante y prestigioso papel en la vida cotidiana. La cultura escrita permite una mayor posibilidad de recepción y difusión de ideas, lo que aprovecharían desde el siglo XVIII los escritores como Lizardi: es el paso del «letrado», protegido por y al servicio del poder establecido (tanto civil como religioso), al del moderno concepto de «intelectual» independiente, que vive de su propio trabajo y trata de influir en la sociedad con su visión crítica. Y la prensa será el novedoso medio que pondrá al alcance de un mayor número de lectores el pensamiento ilustrado.

2. *El Periquillo*, novela criolla

Fernández de Lizardi dedica su vida al periodismo desde 1812, tras un largo período como funcionario del virreinato. Una ingente cantidad de publicaciones saldrá de su pluma hasta su muerte en 1827, siempre dentro del género de la prensa de ideas, crítica y que busca, junto con la *información*, la *formación* de una opinión pública. Cuando sus problemas con la censura del gobierno le impiden temporalmente ejercer el periodismo, es este mismo espíritu didáctico el que insufla a un género de pura «creación» como sería la novela.

Pensando en quiénes habían de constituir la mayor parte de su público lector, Fernández de Lizardi crea un personaje — Pedro Sarmiento, «Periquillo Sarmiento» por mal nombre — en el que puedan verse reflejados: no ya un habitual «pícaro», procedente de las capas más bajas de la sociedad, sino hijo de padres criollos de relativa buena posición y que seguirá estudios universitarios, capacitado por sus dotes para la vida honrada pero seducido por la holgazanería y el vicio. Sus peripecias le llevarán a conocer todos los estamentos sociales de la sociedad mexicana de los últimos años del virreinato, de los que ofrece realistas

y cáusticos retratos. Lizardi, criollo también, está reivindicando el derecho a opinar de una creciente «clase media» de españoles nacidos en América, culta, próspera e influyente, que sin embargo aún no tiene derecho a intervenir en el gobierno de su propio país, gobierno que asumirán al ser factor decisivo en la independencia de México en 1820¹.

3. Educación y derechos del hombre

No obstante, el pensamiento defendido por Fernández de Lizardi era reformista y no revolucionario (solo en última instancia se adhirió a la insurrección armada contra España). En *El Periquillo* es declarada su actitud de respeto fundamental a las leyes establecidas como norma de convivencia social. La mejoría de la sociedad debía ser un todo armónico y que debía comenzar «desde abajo», desde la propia perfección del individuo. Tal como ha observado Octavio Paz, la liberación del hombre es «lo único que nos interesa y lo único que justifica una revolución» por encima de otras consideraciones (Paz 1993, p. 330). En este aspecto, los intelectuales del Siglo de las Luces dieron un especial tratamiento al tema de la *educación*: es especialmente relevante en la época el pensamiento de Rousseau; Lizardi muestra esta influencia — o la de los adaptadores católicos del pensador ginebrino — en los tres primeros capítulos de *El Periquillo*, narrando la infancia del protagonista.

Sin embargo, Lizardi es un espíritu independiente e inconformista cuyo respeto por la ley no impide criticarla, e incluso atacarla abiertamente cuando esta viola un derecho fundamental del hombre. El caso más representativo — en cuanto que supuso la prohibición de la novela por la censura, no siendo ya publicada en su totalidad hasta 1830 — lo encontramos en el capítulo IV del tomo IV de *El Periquillo*, cuando se trata del tráfico de esclavos, con los temas del racismo y de la hipocresía de una sociedad que se dice cristiana pero consiente la existencia de semejante lacra en beneficio de unos pocos². Dice un personaje en el mencionado capítulo:

Lo que me admira y escandaliza es ver estos comercios tolerados y estos malos tratamientos consentidos en aquellas naciones donde dicen reina la religión de la paz, y en aquellas en que se recomienda el amor del semejante como el propio del individuo. [...] ¿Cómo cumpliré bien los preceptos de aquella religión que me obliga a amar al prójimo como a mí mismo [...], comprando por un vil interés a un pobre negro, haciéndolo esclavo de servicio, [...] y tratándolo a veces quizá poco menos que bestia? [...] Si ustedes saben cómo se concierta todo esto, os agradeceré me lo enseñéis, por si algún día se

¹ Conviene señalar cómo la primera y fracasada tentativa de independencia, en 1810, había sido llevada a cabo por las masas campesinas, sin el apoyo de la élite criolla.

² La constitución española de 1812 había abolido la esclavitud. Sin embargo, la medida no se llevó a cabo por la oposición de los hacendados cubanos.

me antojare ser cristiano y comprar negros como si fueran caballos (1997, pp. 728-729).

4. El valor del trabajo

La igualdad natural (de origen divino) de derechos de todos los hombres es una idea por la que Fernández de Lizardi aboga en *El Periquillo* con frecuencia; sin embargo, insiste mucho más en los *deberes* del hombre: todos los grupos sociales necesitan ser útiles al conjunto de la sociedad a través del oficio que desempeñan. Para comprender la profundidad de la crítica de Lizardi, hemos de recordar que en la América virreinal, como en la España de entonces, era algo generalizado la visión de los oficios manuales como algo deshonroso. La carencia absoluta de una ética del trabajo apartaba de este a gran número de personas, procedentes del estamento de la nobleza, cuyos miembros más adinerados no emplean su fortuna para enriquecer la comunidad, sino en su propio bienestar³). La Universidad no apoya tampoco al mundo del trabajo: en la importancia dada a los letrados, y cerrada desde el XVII a toda influencia extranjera que pudiera suponer una peligrosa novedad, ha descuidado por completo las ciencias experimentales, las técnicas aplicadas. El número de mendigos dependientes de la caridad pública (y a veces organizados en auténticas «empresas», como se nos muestra en *El Periquillo*, Tomo III, capítulo X) era también impresionante. Lizardi se une a la corriente española de la Ilustración que censura a la nobleza ociosa y reivindica la honra que supone el trabajo y los bienes que reporta a la nación. *Periquillo*, en la novela, ejerce gran número de oficios, y en todos halla ocasión —que desaprovecha— de mejorar su fortuna, cosa que finalmente logrará desechando su egoísmo y su pereza: el valor del trabajo y del esfuerzo personal queda destacado en la obra continuamente, en los consejos que da Pedro a sus hijos, y los que él recibiera de su padre...

En los capítulos VI, VII, y VIII del tomo IV se trata de la estancia de *Periquillo* en una isla «utópica» donde se halla prohibida la ociosidad y no existen privilegios heredados, sino obtenidos por los servicios prestados a la comunidad a través del trabajo. El vivo contraste entre esta idílica sociedad (con la irrealidad inherente a todas las «Utopías») y la decadente y en buena medida parásita de Nueva España es una de las críticas más sangrantes de la obra, en la línea también de otras fingidas visiones desde el extranjero de la propia cultura, de las que las *Cartas marruecas* de José Cadalso son el más ilustre ejemplo en castellano.

³ «Para la sociedad de Nueva España el trabajo ni redime ni es valioso por sí mismo. El trabajo manual es servil. El hombre superior ni trabaja ni comercia: guerra, manda, legisla. También piensa, contempla, ama, galantea, se divierte. El ocio es noble. El trabajo es bueno porque produce riqueza pero la riqueza es buena porque está destinada a gastarse y consumirse en esos holocaustos que son las guerras, la construcción de templos y palacios, el boato y las fiestas» (Paz 1993, p. 454).

5. Sobre el concepto de nación

Periquillo es invitado por los habitantes de la isla, si conoce algún oficio, a permanecer entre ellos. Quisiera observar a este propósito, y como conclusión, cómo en el pensamiento del ilustrado Lizardi prima la construcción de la sociedad mediante el trabajo sobre cualquier otra consideración para pertenecer a la comunidad. El padre Feijoo, uno de los primeros ilustrados españoles y de influencia decisiva en la obra de Lizardi, escribe en el tomo tercero de su *Teatro crítico*:

La patria, a quien sacrifican su aliento las almas heroicas, a quien debemos estimar sobre nuestros particulares intereses, la acreedora de todos los obsequios posibles, es aquel cuerpo de estado donde debajo de un gobierno civil estamos unidos con la coyunda de unas mismas leyes. Así España es el objeto propio del amor del español, Francia del francés, Polonia del polaco. Esto se entiende cuando la transmigración a otro país no los haga miembros de otro estado, en cuyo caso éste debe prevalecer al país donde nacieron [...] (Feijoo 1986, p. 251).

En suma, es una actitud de fraternidad humana muy alejada de otras concepciones sentimentales, irracionales y «románticas» de la patria que habrían de cristalizar en el siglo XIX con el nombre de «nacionalismo». Es ciudadano de una república quien vive en ella y contribuye a su prosperidad, lo que según el ideal de la Ilustración difundiría la cultura y pondría al alcance de todos la participación en el gobierno del país.

Bibliografía

- Feijoo, B. J. (1986). *Teatro crítico universal*. Edición de Giovanni Stiffoni. Madrid: Castalia.
- Fernández de Lizardi, J. J. (1997). *El Periquillo Sarmiento*. Edición de Carmen Ruiz Barrionuevo. Madrid: Cátedra.
- Paz, O. (1993). *El laberinto de la soledad*. Edición de Enrico Mario Santi. Madrid: Cátedra.
- Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Montevideo: Fundación Ángel Rama.